

CAPÍTULO V

Casi todos sus camaradas habían ido desfilando; sólo quedaban tres ó cuatro, ronceros y charladores. Aliaga les dió las buenas tardes y salió del antro que ya estaba á aquella hora entenebrecido.

Ya en la calle sintió el vaho estival que como bocanada de horno le daba en la cara. Empezó á caminar sin rumbo; primero dirigióse á su taller de las Vistillas; luego, cambiando de ruta, dirigióse hacia su casa; estaba muy distante y caminó lentamente. Mediaba ya la tarde y aún el sol caía abrasador por las angostas calles; toda la ciudad se adormecía en un sueño de pereza. Llegó á un barrio, sin duda más populoso ó de viviendas más mezquinas y angostas, porque la humanidad, rebosando de los hogares, invadía la calle y formaban los vecinos en mitad de ella soñolientas tertulias. La capital de España no desmiente nunca su meridionalismo; la calle no es una vía de tránsito, sino la natural prolongación de la casa; en mitad de la calle se vierte lo que sobra dentro, y hasta la misma humanidad que se considera sobrante, charla, come y aun duerme en medio del arroyo. Esteban avanzaba trabajosamente zigzageando y sorteando las tertulias ó los corrillos. Iba por calles de empinadas cuestas y de apretado, de compacto caserío, como si allí á la humanidad se le regatease el suelo y el aire; sentíanse alrededor las cálidas emanaciones de las viviendas y olores pesados como hálito de enfermo; llenaban de cuando en cuando sus oídos rumores de rapacería triscando á su antojo en mitad del arroyo como bestezuelas retozonas en selvático campo.

Todo eran molestias para Aliaga, pesaroso como nunca de vivir en aquel poblado barrio pobretón y angosto; estaba firmemente resuelto á plantear el problema á su madre en cuanto se hallase ante ella. El calor era más intenso cuanto más penetraba

en las revueltas calles, y parecía que la abundancia de humanidad caldeaba el ambiente haciéndole pegajoso, irrespirable. Una atmósfera polvorienta, una calima ardiente, levantábase de la tierra en celaje sucio; en lo alto refulgía un cielo blanquecino, inundado de luz deslumbradora.

Llegó con fatigado paso á su casona; en el patio de las acacias se detuvo á respirar el escaso frescor de aquel rincón, ya ensombrecido por la proyección de los altos paredones. Además, allí dentro se gozaba de un silencio bienhechor; estaba solitario el triste patinejo; al que no llegaban los desacordes y molestos ruidos callejeros; parecía que por allí se pasaba á la mansión tranquila del silencio. Era como un rincón manido, oculto vergonzosamente en medio del bullicioso gentío. Trepó Aliaga por las altas escaleras, y al llamar á la puerta de su casa, vino á abrirle Serafina, la antigua doncella de su madre, cuya edad ahora no bajaría de los cincuenta, conservando en su rostro carnosos vagos lineas de una hermosura ya marchita; vestía á usanza de mujer del pueblo madrileño bien acomodada, y aún relucían aquí y allá, sobre su corpulenta persona, brillantes toques de pedrería: en los dedos, sobre el pecho, en las orejas mal ocultas entre los pliegues de un pañuelo de seda. Vestía faldamenta amplia y larga que al andar sonaba denunciando raudales de agua almidonada; sobre los hombros, mantón de los que llaman de Cachemira, y bajo la fimbria del vestido veíanse asomar las finas puntas de unos zapatitos charolados. Serafina no estaba ya desde hacía largos años al servicio de la señora, pero guardóle siempre un afecto sincero y respetuoso, aunque tal vez no fué en todas ocasiones desinteresado. La antigua servidora de la Urbina cuando abandonó el servicio, á raíz del derrumbamiento de la casa de Aliaga, no quiso, no, servir más señora que se le pudiera morir ó, lo que para ella era lo mismo, arruinar, y dedicóse con inteligencia y celo y descoco al divertido cuanto azacanado oficio de corredora de prendas, combinándolo hábil y mañera con el de la usura, no menos azacanado, pero mucho más productivo. Así la hallamos de bien prendida y ricamente tocada, porque el esplendor de sus negocios saltaba á la vista. Iba

por aquella casa con frecuencia no siempre bien tasada; unas veces pasábanse las semanas sin que pareciera, otras por allí la veían diariamente; ocasión hubo, y más de una, en que visitó á doña Leonor dos veces en una mañana.

Esteban veía á la prendera con una leve antipatía; la verdad es que él hubiera preferido no encontrársela en su casa, pero al mismo tiempo el recuerdo de la profesión añeja al lado de su madre, borraba como con esponja su profesión contemporánea. Tuteábala él como en los pasados tiempos; ella le llamaba de usted y señorito, pero con familiaridad y confianza en el tono; en este punto, á decir verdad, radica la antipatía de Aliaga por aquella persona; porque él se mentía á sí mismo cuando pensaba que era sólo por lo de la usura. Otra cosa producía en Esteban inquietud y malquerencia: Serafina, sin duda gozaba con doña Leonor de una confianza muy íntima; las dos juntas platicaban largamente sin que nadie, ni Esteban, pudiera saber nunca el tema de aquellas conversaciones. Encerrábanse en el comedor, en un cuarto cualquiera, y durante una hora allí nadie penetraba. Él, ni se atrevía á saber, preguntando á su madre, los asuntos tratados con misterio tan grande. Sólo sabía una cosa, y ésta, por saltar á la vista, sin preguntarla: de aquellas entrevistas salía la Urbina siempre muy repuinada; su pelo negro, sin abandonar el sencillo peinado de dos bandas cayendo sobre las blancas sienas, relucía un poco más, sin duda por la compostura y el aliño. La camarera de otros tiempos sentíase gozosa en hundir sus dedos en aquella hermosa cabellera que tantas veces había acicalado, en adornar la cabeza aristocrática de su señora. Debe decirse que, no obstante las conversaciones largas y las chácharas íntimas entre las dos mujeres, se conservaban rígidas las relaciones que correspondían entre señora y servidora; los que las vieran ó las oyeran platicar juntas creerían que doña Leonor seguía pasando á Serafina puntualmente su soldada mensual de catorce duros.

Aliaga, al entrar, dirigió una mirada de altivez provocativa á la corredora de prendas.

—¿Cómo va el negocio? ¿Qué traes por aquí?

—Poca cosa, señorito... Pues nada como quien dice: que ayer me dieron á correr un par de perlas morrocotudas, y yo me dije: pues antes de correrlas quiero que las vea mi señora. Y vine.

—¿Las vió ya?

—Sí, señorito.

—Y entonces, ¿qué haces aquí ahora?

—Pues lo que ve.

—No veo nada, Serafina.

—Entretener una miaja á la señora.

Oyóse la voz de Leonor Urbina que mandaba á su hijo dejar en paz—así decía—á su doncella. Para la infeliz aquella prendera siguió siendo, nominalmente, su doncella. La voz de Leonor resonó con imperio en la hueca y destartalada casona, oyéndose su mandato resonante como si las desamuebladas estancias se llenaran con sus sonos, como si la amplia casa se estremeciera.

—¡Déjala, déjala!—repitió lentamente, firmemente la Urbina.

Y la voz hizo su efecto imperativo: Esteban se dirigió á su cuarto; Serafina adonde estaba la señora. Aún continuaron las dos por largo tiempo solas. Esteban en su habitación, como todas grande, triste, á pesar de ser muy clara; parecíale hallarse en el más solitario paraje del mundo; ni la más leve voz, ni el más lejano ruido. Daba su habitación al patio en donde abrevaban las bestias; asomóse á la ventana, y ni bestias, ni arrieros, ni maragatos de los que allí se reúnen. La mitad del inmenso patio bañada por el sol y la otra mitad en sombra, estaba solitario. Aliaga figuróse aquello como venta manchega llena de luz y llena de tristeza.

Oyó pasos en el corredor que conducía á la puerta de la escalera, oyó frote insolente de faldas muy planchadas, oyó una voz que decía: «Quede con Dios, señorito.» Después oyó un golpazo duro, violento. Había acabado la tertulia de sirvienta y señora. El pintor se dirigió hacia la habitación en que estaba su madre; era en el salón. La enhiesta, la empingorotada sillería parecíole más triste que nunca, á la violenta luz de una tarde de estío que entraba á torrentes por las anchas ventanas. Y con su madre

ocurrióle lo que con las sillas; vió á la agria luz estival su ruina, la marchitez de su rostro terriblemente pálido, la decrepitud espiritual que trascendía de la mirada, y la decrepitud, la rancidez miserable del vestido. Lo que él miró primero fué las manos; las vió tal como acababa de verlas en el *Sotanillo*; pálidas, blancas, finas y, sobre todo, quietas, severamente quietas, revelando reposo del espíritu, calma imponente, imperturbable.

Así que vió á su hijo, sin moverse del altivo sitio de honda talla en que se hallaba, preguntóle:

—¿Dónde comiste hoy, Esteban?

Y seguidamente, con reposo, pero sin dar espacio á la respuesta, añadió con sequedad la dama:

—No; no me digas dónde comiste; no necesito saberlo; por tal de comer te meterías en cualquier taberna. Lo que vas á decirme es otra cosa, ¿me entiendes, Esteban? ¿Estás engañando todavía á esa infeliz..., á esa profesora?

Y pronunció la palabra «profesora» con el acre y sañudo desprecio del que profiere un insulto.

Esteban parpadeó con agitación nerviosa; sus labios se movieron como si pronunciase palabras inconscientes. Su madre, que vió con serena mirada el leve titubeo, acometió más reciamente. Ponía la dureza en el tono, en la voz, en la serenidad misma de su cara, en la rara actitud de sus manos, que ni un dedo movían.

—Y sus padres tan arregostados con el engaño, ¿no es verdad? ¡Gran tajada un Aliaga!

—¡Madre!—clamó violentamente Esteban.

—Hijo—respondió impávida la Urbina.

Hubo un silencio; en la pesadez ardorosa del aire parecía presentirse vaho de tormenta.

—Un Aliaga no es para todos los días—añadió la madre.

—¡Un Aliaga..., gran partido!—añadió Esteban, indicando en la voz, en los ademanes, una ironía acerada.

La señora, al oírle, pareció sentir muy hondo la acerbidad de la frase; cerró un instante los ojos y al volver á abrirlos parecían rebrillar con fulgores más intensos.

—¡Es absurdo, es absurdo!—murmuró entre dientes.

Y su hijo, que se paseaba por la diagonal de la desmantelada estancia, paróse ante ella.

—¿Dónde está lo absurdo?

—¿Qué te propones?

—Ya lo sabe usted.

—Yo no sé nada, yo no quiero saber nada. ¡Quítate de ahí; que yo no te vea delante! ¡Fuera, fuera! ¡Esteban, soy tu madre; te he mandado que salgas!..., ¿oyes?, ¡que salgas!

Estaba en pie, apoyando las manos en los brazales del sillón, altiva, arrogante y serena, imponente por la misma calma imperativa que domeña con más seguro dominio que la descompuesta iracundia.

Esteban callaba sin obedecer; volvió á pasear lentamente, ahora á lo largo.

—¿Serás capaz de desobedecerme? ¿Y sería yo capaz de consentirlo? ¡Vete á tus tabernas, vete á tus cenáculos, vete... á las Vistillas! Hoy que por ti puse fuego en la cocina, hoy que por ti puse mantel en la mesa, ¿dónde comiste? ¿Por qué me dejaste? Soy tu madre. Debiera hacer contigo lo que hice con *él*, borrarte de mi vida, arrojarte de mi casa. Tienes su cara, toda su estampa; os parecéis como dos gotas de agua; tu padre y tú sois iguales; saliste Aliaga; ni una gota de sangre de los Urbina... Ni una, ni una.

Y, diciendo esto, dejóse caer de nuevo en el sillón de alto y renegrido respaldo. Esteban la miró con despecho y á la vez con lástima. Entró en este instante, por la sala adentro, un perro de Terranova, grande, noblote, de pelo castaño. Tendido á los pies de la señora, sobre el frescor de los ladrillos, parecía dispuesto á dormitar tranquilo.

Ya sentada, dueña otra vez de sí misma, exclamó la infortunada señora:

—Entre los dos acabáis con mi vida; él mató mi juventud, y tú matas mi vejez; los dos iguales; eres su sombra, eres su heredero. ¡Dios mío! ¿Qué mal tan grande hice yo en el mundo?

—¿Pero usted la conoce? ¿Sabe usted quién es mi novia?

—Calla, Esteban.

—¿Sabe usted que yo?..

—¿Tú? Vas á decirme que la quieres. ¿Eres tú capaz de querer?.. Casi me da lástima esa criatura, casi estoy por decirle: no, no, hija mía; ahí donde le ves, grave, correcto, hermosamente frío, gallardamente sereno, es el retrato de mi marido. Iguales, iguales. ¡Si acabaré por quererla á fuerza de tenerle lástima!

—Basta, madre, basta. Ni á usted le consiento...

Sonó en la estancia una carcajada estrepitosa y luego entre espasmos de risa dijo la señora:

—Sería una cosa admirable que yo necesitase tu consentimiento. Pues mira tú, vas á saberlo todo; eres un pobretón que no sabe una palabra. Sus padres, los señores de la Torrecilla, están deseando eso..., eso.

—¿A qué llama usted eso?

—A la boda. Dicen que eres un muchacho de porvenir, un hombre de provecho... Un hombre de...

No acabó; la carcajada dura, acre, volvió á resonar en la sala.

—Lo sé, lo sé todo; yo tengo un pajarito que me lo cuenta todo.

—No diga usted pajarito, pajarraco. Es Serafina. Si vuelvo á verla en esta casa, la arrojo de aquí á palos.

—No, no, hijo mío—respondió la Urbina con una calma, con una serenidad soberana,—muy mal harás en eso, porque si lo hicieses, te quedarías sin comer algunos días.

El pintor hizo un movimiento de desdén bravío y su madre metió la diestra mano por entre los pliegues de la falda hasta dar con la abertura del bolsillo. Al sacarla, sobre la palma, blanca como copo de nieve, le mostró unas monedas.

—Tómalas—le dijo risueña,—tómalas; estas son para ti; me dijo que eran para ti; cógelas, guárdalas, ó las gastas, ó las juegas... Toma, toma; estas son tuyas.

Esteban se tapó la cara con las manos; se oyó que entre ellas lanzaba un rugido. Su madre continuó implacable, siempre serena:

—Te aseguro que son tuyas; ella me lo dijo: éstas para el señorito.

Aliaga levantó la cabeza; sus ojos claros, de mirada dura, parecieron lanzar saetas punzadoras.

—¿Te da vergüenza?—dijo la Urbina—¿Son las primeras? ¿Serán las últimas? Toma, toma; tuyas son, ahí las tienes.

Con movimiento desdeñoso tiró las monedas á los pies de su hijo. Rodaron sobre los ladrillos y fueron á perderse bajo el sofá, como si ellas mismas se avergonzasen de la violenta escena.

—¿Pero es posible que usted?..

—¿Qué? ¡Habla! ¡Dilo! ¿Vas á echarme en cara?.. Acaso vas á decirme que es limosna.

—Pues sí, señora, limosna.

—¡Oh! ¡Qué asco!—dijo doña Leonor levantando sus hermosas manos como si quisiera apartar la visión de su hijo.

El cual con crueldad implacable siguió luego diciendo:

—Pues limosna. ¿Y de quién? De una sirvienta.

—Es mentira, estás mintiendo; no es limosna. Antes que vivir de caridad me dejaría morir de hambre. De todo, de todo le voy dando un recibo; hasta del último céntimo le doy un pagaré con mi firma, con la mía: Leonor de Urbina. Te figuraste que tu madre era como tú eres: capaz de buscar un buen acomodo para vivir con el dinero ajeno. Porque eso es lo que tú buscas; no podrás negarme que eso es lo que buscas: una mujer que gane la vida, una profesora que te mantenga. ¡Canalla!

—¿Y qué me aconsejó usted? ¿Qué me pedía? Que con un frac bien cortado y una camisa limpia me lanzase al mundo, como chalán de dotes, en busca de una.

—Lo que yo quise, lo que quisiera no fué eso. Quise que buscases una de tu rango, no una plebeya.

—No quiero, no quiero. Tengo bastante orgullo para despreciar por adelantado á los que pueden despreciarme.

—¿Y tu arte, y tu abolengo, y tú mismo, no eres nadie? No es orgullo lo que tú sientes, no: es modestia y humildad de villano; es que buscas lo más fácil, lo que te parece más cómodo; acostumbrado á la bazofia de los tabernáculos, á la vida miserable, con un pedazo de pan duro te parece bastante... En eso sí que ni

á tu padre te pareces: gran señor siempre; eso sí: entendiendo por gran señor una malísima persona.

—No quiero que de mi padre se hable de esa manera.

—Bueno; cálmate. De tu padre sólo diré una cosa: si no hubiera sido por mí, por mis joyas, con las que aporté los últimos recursos, no hubiera podido huir: estaría en presidio. Delante de mí no le defiende nadie. Delante de mí no le defiende nadie. ¡Ni su hijo!

Al decir esto, la señora, levantándose, desapareció majestuosa y altiva. Su hijo se precipitó tras ella queriendo saber más de la triste historia, apurarla hasta las heces. Llegó á la alcoba de su madre, llamó con los nudillos en ella, pero no le respondieron; quiso abrir, empujó violentamente sin que la hoja cediera. Volvió á llamar, pero todo era inútil; no se oyó dentro ni una palabra. Aplicó el oído; era un silencio de tumba. Toda la casona parecía deshabitada, solitaria. Tuvo intento de huir, alejarse de ella, no volver nunca, pero sentíase sujeto por una fuerza invencible que le retenía ante la puerta cerrada, silenciosa y volvió á llamar. No contestó su madre. Llamó débilmente, perdido ya el arranque de violencia del primer momento. La misma respuesta.

Hasta el siguiente día no volvió á ver á su madre. Al hallarse frente á frente se miraron con frialdad, sin rencores ni ceños como si á las adusteces de la víspera hubiesen sucedido mansedumbres tranquilas. La dama hallábase dispuesta á salir á la calle, cayendo sobre su altiva cabeza un amplio velo.

Casi toda la semana comía fuera de su casa la de Urbina. Sólo así era posible que aquella señora comiese; por lo menos que comiese á manteles, acudiendo cada día á una casa diferente; no porque tuviese en cada una marcado el turno fijo, no; ella no quiso nunca aceptar convites periódicos, olíale esto á mendiguez indigente y bochornosa. Todos los domingos Leonor hacía con mucho tino la lista, el semanario, y como eran muchas sus antiguas y buenas relaciones, resultábale variedad grande y carga pequeña para cada una. Recibíanla en todas partes con gusto y extremada cortesía, aún más, con cariñosos mimos, esmerándose

en ofrecerle delicadas golosinas al ver su inapetencia crónica. La verdad es que la infeliz señora muchas veces acudía á las casas más bien por dar recreo al espíritu que por satisfacer el estómago; así se iba quedando de flaca y consumida y seca. Todas las amigas le ponderaban la demacración creciente, la palidez austera. En algunas casas Leonor sólo comía dos ó tres veces al año sin que volviese á parecer en los largos intervalos, y en el transcurso de ellos acentuábase siempre la extenuación y el enflaquecimiento.

—Leonor—decíanle algunas veces,—vas siendo sombra de ti misma.

Y era verdad, todo su cuerpo se iba ahilando; no parecía ya que fuese roja la sangre de sus venas; sobre todo en las manos, en los afilados dedos, faltaba ya coloración de vida. Los ojos, en cambio, conforme se iban hundiendo en las cuencas teñidas de livor cárdeno, rebrillaban con centelleo más vivaz; como si toda la vitalidad del cuerpo flaco, extenuado, exangüe, se replegase en ellos, que miraban siempre altivos, altaneros, enseñoreándose del mundo, cual si ennobleciesen lo que miraran. Era Leonor comensal no muy pródiga en la charla, discretamente medida, salpicada de galantería cortés, aristocrática; y nota distintiva: jamás sus palidécidos labios se emplearon en murmuraciones ruines; ella iba de casa en casa como si al salir del portal de cada una se sacudiese las conversaciones y aventase las noticias. No libó nunca ponzoña de maledicencia, por ser cosa ruin y baja. Los chismorreos que hallan ocasión fácil y lugar propicio en las sobremesas, la de Urbina los aborrecía, le asqueaban, eran repugnantes lacras del trato de las gentes, y por eso era muy frecuente que antes de la hora del café se levantase de la mesa.

Aquel día Leonor de Urbina varió su semanario; sin razonar ella misma el cambio, por violento arranque, impensadamente, decidió ir á comer á casa distinta de la que estaba de antemano asignada. Caso insólito en ella esta brusca mudanza de propósitos. Decidió ir á una de las casas en donde con mayor agasajo la recibían y era, sin embargo, una de las menos visitadas; tal vez

se pasase un año entero sin poner pie en ella: era en casa de la marquesa del Sagrario. En vano la marquesa escribía de cuando en cuando cuatro líneas á la Urbina diciéndole que estaba duramente enojada, por su olvido; en vano las tres nietas iban algunas veces con el aya á la escondida casona de la Urbina, llamaban á la puerta dos, tres, cuatro veces; dentro sonaba con repiquete hueco una campana; nadie abría, nadie respondía. Bajaban otra vez; si en el portalón cochero ó en el patio de las acacias hallaban con ser viviente, inquirían algo:

—¿Estará en casa la señora de Urbina?

Y volvían á subir y á llamar y á quedarse sin respuesta.

Llegó doña Leonor al palacio de la Sagrario y la recibió la servidumbre con extremadas reverencias. Los servidores perciben con finura exquisita los matices más sutiles en el acogimiento que dispensan los amos, y ellos lo reflejan fieles. Atravesó la de Urbina los lóbregos salones; parecía habituada á recorrerlos á diario, según iba de segura y de firme en su marcha, sin dirigir ni un leve vistazo hacia los lados. Su figura emparejaba con las tristes figuras de los bituminosos cuadros, y aun parecía una de ellas que hubiese tomado aliento y vida.

Las tres nietas de la marquesa saliéronle al encuentro, mostrando en sus palabras, en sus palmoteos y en sus saltos un regocijo tan juvenil y fresco, que Leonor sintió el alma inundada de aquel hálito de primavera. Vestían las tres airosos trajes blancos, de largos pliegues, de flotantes mangas. Besáronla las manos, y Leonor fué una por una besándoles las frentes. Las niñas charlaban todas á un tiempo, con agitación y algarabía que en los severos salones sonaba á bullicio:

—Venga usted con nosotras. Mamá Dolores está en su gabinete; tendrá una gran alegría. Hace tanto tiempo que la esperábamos. ¿Por qué no quiere usted venir á vernos? Ya no nos quiere. Mamá Dolores le ha escrito; nosotras fuimos tres veces á verla. ¿Por qué vive usted en aquella casa? ¿No le da á usted miedo? A nosotras nos da miedo aquella gente. Mamá Dolores se pondrá muy alegre.



Las tres nietas de la marquesa saliéronle al encuentro...